

La corte de Luis XIV emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V con la princesa de Parma, trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa direccion á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenía la animadversión entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrech habían quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo vuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en Paris para desposeerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una expedición contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el Imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellon español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida á las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las mas poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V su separación como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demás soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido mas dominio sus mujeres, un pensamiento invariable, una idea fija desuella en la marcha de su gobierno, y constituye por mas de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Londres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecondo Alberoni, subsiste durante la larga prianza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del hábil Patiño, guía al honradísimo Campillo en su prudente y corta administracion; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorbe los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afán, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugerencias no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segun-

do tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha influido grandemente en el cambio de condicion de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se había firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó á España esta negociacion, mas nada le importaba á la reina con tal que redundara en la mejor colocacion de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces mas, ha parecido España la tierra de promision de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español, que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulman: gran arbitrista, que despues de haber hecho instrumentos de su ambicion primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuan, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Carlos, el que algun dia ha de ser rey de España, posesionarse de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años despues, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Carlos es proclamado con entusiasmo rey de Nápoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven á un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y á instigacion de Isabel se presenta el rey católico entre los muchos competidores al imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasion para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse tambien á favor de la turbacion general alguna soberanía en su querido país de Italia, perpetuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles. Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardia; triunfal entrada en Milan. Paz entre el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia Borbon, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbon un brevísimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos é importantes arcanos: el de su solemne abdicacion en su hijo Luis, y el reinado de este jóven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un dia, y que apenas legó á la historia sino un nombre mas que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron á Felipe V mas ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monje desengañado del mundo en el coro de San Ildefonso, ó cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsain? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja á Carlos V de Alemania en Yuste, se semejó mas á Alfonso IV de Leon en Sahagun? Lo que no tiene duda es que salió como este del solitario lugar tan luego como murió su hijo para volver á empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veintidos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V, nuevo Versalles construido al pié de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbon, si bien no muy compatible con los ahorros del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina,

el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbon, España debió felicitarse por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio desnudos de los últimos tiempos de Carlos II, aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V á los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesion un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejara el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbon trasformada en respetable escuadra de mas de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de trasporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitian. Y aunque las medidas para su fomento solian ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y de los obstáculos de las preocupaciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado mas tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder á la fama que traía de entendido rentista. Riperdá, á vueltas de sus factanciosas utopias, suministró ideas económicas que fueron útiles despues. Era un loco que no carecía de conocimientos. El honrado español Campillo dió un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri habia querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administracion, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nacion se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V en los principios de la escuela política de Luis XIV, poco podia esperarse en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragon y Cataluña sirvieronle para acabar de extinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones á la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y solo vivian sus recuerdos en ilustradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo, no obstante, se habia adelantado. Felipe V no honraba con su real presencia los autos de fe, ni los tomaba por recreo como Carlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudicion, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallaje de la Inquisicion, volver al trono y á la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la fe les tenia usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades á la Iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V tan grandes reformas, si con la venida á España de Isabel de Farnesio y la caida de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle este por blanco de sus iras, y éúpole á Macanaz la suerte que por lo comun está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecucion. Amábale el rey, pero supeditado por inquisidores y jesuitas, le desterraba del reino: seguía queriéndole en el extranjero, y le mantenía proscripto; le nombraba representante en el congreso de Cambray, y no se atrevia á abrirle las puertas de la patria.

Entre tanto, encomendados á otras manos los asuntos de Roma, negociábase la púrpura cardenalicia, y se admitía al nuncio á trueque de conseguir el capelo, y se prometía el capelo á condicion de que se admitiera al nuncio: contrato entre partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasion de intervenir. Así se hizo el ajuste de 1717, y á parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en este comenzaron ya á triunfar las ideas de Macanaz: hasta que en el de 1753 san-

cionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de España.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneracion política de España. El entendimiento de Macanaz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas habian de ser puestas en ejecucion por los sabios ministros del gran Carlos III, y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que mas progreso han alcanzado en la carrera de la civilizacion aun no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fué denegada en su tiempo: diminuta compensacion que por nuestra parte podemos dar al magistrado incorruptible, al sabio publicista, al hombre de la expatriacion y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II que dejaba cantar á los poetas tan libremente como quisieran, no permitía la circulacion de una sola idea que tendiese á menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigia academias científicas de que pagaba el suelo de Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendía mil lumbres de gloria. Así mientras su nieto en España permitía á un inquisidor que prohibiera los escritos políticos de Macanaz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades á ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca Real, el Seminario de Nobles y el colegio de San Telmo. La revolucion literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolucion política. Feijóo abrió una herida mortal á las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico, de la razon y de la filosofia. A pesar de la cautela con que se vedó á sí mismo el exámen de las materias políticas y religiosas, todavía fué delatado al Santo Oficio. Pero el sabio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI, cuyos ministros le pusieron á cubierto de toda persecucion. El proceso del P. Froilan Diaz habia marcado la transicion del reinado de Carlos II al de Felipe V: el proceso del P. Feijóo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V al de Fernando VI.

Por primera vez despues de tantos siglos de eternas luchas subió al trono español un príncipe, que mirando las guerras como el mas cruel azote de la humanidad proclamó el sistema de paz á toda costa. La de Aquisgran vino en 1749 á colmar los deseos del bondadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demás naciones. Francia é Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para batirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España. Fatiganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza á un lado ó á otro. Ayuda á Francia el imperio, pónese la Prusia de parte de Inglaterra, España permanece neutral. Brindan los franceses á Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impassibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban dos ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarle á la alianza francesa, el otro á la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdia, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia, iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse á fondo, y la paz era mas honrosa cuanto la nacion se veía por dos estados poderosos acariciada. Situacion nueva para España, y sería difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrían los estragos horribles de la guerra, aquí, á la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la

industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina, y ¡cosa desoída en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI, acusación elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaría, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuario del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del trono, su prudencia el camino de la prosperidad á su hermano Carlos, el rey de las Dos Sicilias, que arreglada la sucesión de aquellos reinos, viene á tomar posesión de su nueva herencia. Nápoles llora su despedida y España entona cantos de júbilo á su arribo. Sus gloriosos antecedentes aseguran días de bonanza para su país natal.

XV

No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Carlos III. A él viene asociada la idea de la regeneración española.

Si el talento de Carlos no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razón clara, sano juicio, intención recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos, la administración y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al genio benéfico de Nápoles que venía á fecundar su suelo patrio.

Duélenos, por lo tanto, verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado el prudente sistema de neutralidad en que su hermano había sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen á Carlos á ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de España á la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes á todos los poderes de la tierra en circunstancias las mas comprometidas.

La política de Choiseul, el negociador de la Francia, especie de ministro universal de Luis XV, envuelve á Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazzarini había sabido atraer á D. Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado mas las dos ramas de los Borbones. Carlos IV y Luis XVI, Fernando VII y Luis XVIII, nos recordarán á Carlos III y Luis XV, como estos hacen remontar nuestra memoria á Felipe IV y Luis XIV.

Pronto comenzó España á probar las aguas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del *Pacto de familia*. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logra recobrarlas dos años despues por la paz de París.

Si pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiríamos los sentimientos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazón. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo; y aquellos mismos sentimientos que merecían una bella página en la biografía de un príncipe pueden formar una idea de las hojas mas tristes de su historia política. Creemos, no obstante, que hubo de parte de Carlos III algo mas que los vínculos de cognación. No tenía olvidado este monarca que la Inglaterra había sido la que años antes, siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de ruda y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó á reprimir los naturales afectos de la fraternidad

prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veía Carlos además con amargura y enojo ondear el pabellón británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo tambien al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin eximirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Carlos, como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en union con Francia una insurrección, que si al pronto enflaquecía á su rival, había de ser con el tiempo funesta á España. La emancipación de los anglo-americanos, tan útil á la especie humana en general, no podía serlo á la nación que tenía en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que despues había de sobrevenir, y lo que es mas, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad. «Llegará un día, decía el insigne conde de Aranda en su Memoria, en que esta república federal que ha nacido pigmea crezca y se torne gigante, y aun coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olivará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento.... El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico.... Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizarse dentro de breves años, si no presenciamos antes otras conmociones mas funestas en nuestras Américas....» Propoñanle seguidamente un plan de emancipación, con condiciones igualmente ventajosas á la metrópoli y á las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente á los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagaz prevision del embajador. El mismo Carlos III alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que había comenzado á prender en nuestras colonias. Cuarenta años despues lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras, vienen á convidárenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas, no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organización, amenazadas por el gigante del Nuevo Mundo, tal vez la España misma también haya vuelto en alguna ocasion sus ojos hácia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos, proporcionaron á España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideración en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aun en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. El desastre del cabo de San Vicente fué un golpe mortal para la marina española. El pabellón nacional fué, sin embargo, digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicieron justicia al heroísmo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fué vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz vió entrar en triunfo una de las mas ricas presas de que hacen mención las historias.

Una expedición feliz devuelve á la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperación era el afán del pundonoroso monarca, el objeto á que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus ilusiones. «Gibraltar es un objeto, decía Floridablanca, por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.» Pero á su vez decía lord Stormont, «que si España le ponía ante los ojos el mapa de sus estados

para que buscase un equivalente á Gibraltar, fijando tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase á compensar la cesión de aquella plaza.» Así los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillon tan ineficaces como las famosas baterías flotantes con que Mr. d'Arson entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las proposiciones y tratos de los gabinetes, y Carlos III hubo de resignarse á firmar la paz en 1783 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sinceramente deseáramos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirara ideas y recuerdos de la fe británica.

La política exterior de Carlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspección, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran á Europa. Valióle esto una de las honras mas distinguidas que puede haber á un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en las graves contiendas que las traían desasosegadas y envueltas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Véase á la España cobrar una animada existencia despues de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecía paralizado en ella. Se ve á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era el anuncio de una época de regeneración, ó mas bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmociones que habían señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya á Francia.

No se proclamó la libre emisión del pensamiento, pero se le libertó del poder censorio de la corte de Roma y de la Inquisición, que se le habían exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar previamente al autor y oír la interpretación que daba á sus palabras. Los breves de Roma en que se condenara algun libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Establecieronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisición, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real anunciaban á aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caído derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Carlos no hubiera creído mas conveniente y mas político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosión. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresión del Santo Oficio, «no me atrevo, le contestó el juicioso monarca, á arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esa supresión.» Palabras que descubren la posición respectiva del monarca y del pueblo; y que revelan que no era Carlos III un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que tomaba resoluciones y tenía ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos y dejar al tiempo y á circunstancias mas favorables la total destrucción del sangriento tribunal. No hizo poco en hacerle perder su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto á sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fe, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras, y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre las regalías de la corona en la gran cuestión sobre los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendidas en el reinado de Felipe IV por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V por Macanaz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya mas desarrolladas en el de Fernando VI, se desenvuelven completa-

mente y fructifican en el de Carlos III. La corte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que había venido perdiendo desde la edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acreditó que el soberano en este punto no toleraba oposición.

Había estado apegado el jesuitismo al confesionario y á la cámara régia, representado en tiempo de Fernando VI por el P. Rábago, celoso procurador del engrandecimiento de su órden en ambos mundos. Pero la existencia de una milicia papal era casi incompatible con el reinado de los regalistas; y creemos que sin la carta del P. Ricci, y aunque en el motin contra Esquilache no se hubiera gritado: ¡vivan los jesuitas! los jesuitas hubieran sido del mismo modo expulsados, como lo habían sido ya en Portugal y en Francia. Lo que hizo el motin fué aglomerar causas y acelerar el golpe. La expulsión se ejecutó de un modo análogo á las máximas jesuíticas, con misterioso sigilo como obraban ellos. Los defensores del poder absoluto de la tiara cayeron á impulso de un rasgo de poder absoluto de la corona. Fué pues la expulsión de los jesuitas un gran golpe de Estado. No tuvieron mejor suerte los hijos de Loyola en Nápoles y Parma. Todos los Borbones se pusieron de acuerdo para la abolición de la órden, y no descansó Carlos III hasta conseguir la bula de extinción, que otorgó Clemente XIV. No olvidemos que Carlos III era un monarca profundamente religioso.

La desamortización eclesiástica y civil, ese gran principio que en la cartilla económica moderna goza los honores de axioma, tuvo muchos propagadores, pero no encontró ejecutores todavía. El Consejo de Castilla quiso aun conservar la mano muerta, pero era una mano que quedaba herida y manca. Desde que apareció el tratado de *Regalía de Amortización* de Campomanes, y desde las peticiones fiscales de los Consejos de Castilla y Hacienda, que tanto esforzó despues en sus luminosos escritos el ilustrado autor del *Informe sobre la Ley Agraria*, el clero y los mayorazguistas pudieron comprender que si la cuestión no se había resuelto en la práctica quedaba resuelta en los entendimientos, como pudieron comprender las clases privilegiadas la brecha que se les abría con la introducción del elemento popular en las municipalidades, representado por los diputados y personeros del comun en contraposición á las regidurías perpetuas, y con el golpe dado al monopolio de la enseñanza, de la magistratura y de las dignidades eclesiásticas, con la reforma de los colegios mayores.

Los hombres de Carlos III, entregando al espíritu de examen materias y cuestiones de interés público que se habían mirado como intangibles, ó al menos como invulnerables, hicieron una revolución en las ideas, y dejaron por lo menos indicadas las reformas que no pudieron realizar, alumbrando á los gobiernos futuros y enseñándoles el camino que habían de seguir.

Bastaría la feliz creación de las *Sociedades económicas de Amigos del país* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecerían un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* á advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró á concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones humanitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de adelantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educación pública, para el establecimiento y organización de asilos de beneficencia, y donde se esclarecían hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se habían reunido sino en los claustros ó en las cofradías, fueron llamadas á formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distinguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban á bordar, los otros enseñaban á roturar terrenos. La real órden comunicada

por Floridablanca para la admision de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Carlos III, aunque lo intentaron con ahinco, á reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y á las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituian la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataba de introducir. El informe de la de Salamanca, la primera en categoría y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué podia esperarse cuando ejercía en ella una especie de dictadura el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas á Heineccio y á Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagacion de las luces como de los intereses materiales, halló medio de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas; y el creador del Banco de San Carlos creó tambien los colegios de Artillería y de Marina; el colonizador de Sierra Morena estableció el Jardín Botánico y el gabinete de Historia Natural; y el fundador de la compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que despues admiró el sabio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera tambien el fulgor literario que España en otros tiempos le habia prestado, y regresó á su turno con el nuevo brillo que habia debido comunicarle otra civilizacion mas avanzada. La intimidad con el vecino reino que bajo el aspecto político habia hecho tan funesta el Pacto de familia, fué de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI sin la tétrica fisonomía que le imprimió el genio sombrío de Felipe II, y humanizado y ataviado con las conquistas de la razon.

Ciencias, administracion, legislacion, educacion pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas á que se habian dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Florez, y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Capmany, de los Masdeu, de los Risco y los Casiri, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbon. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el mas exquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribian á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisicion, que aunque amansada ya, todavia condenaba á Olavide, y acusaba de herejes á los que habian aconsejado la expulsion de los jesuitas. La poesia y la elocuencia subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazon y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratin reformaba el teatro español, y Melendez restauraba la poesia castellana, mientras los sabios prelados Climent y Tavira restituian á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo que decia el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacia célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitada despues. El buril de Selma embellecia la magnífica edicion del *Quijote* de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la Península á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelara bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Carlos III el Luis XIV de España si los dias de su reinado hubieran sido tan largos como los del monarca francés: pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fué mucho menos déspota. Luis XIV erigió el absoluto:

tismo: Carlos III le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y le aventajó en virtudes como hombre. Carlos III no introdujo en la corte el fausto oriental como Luis XIV, ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aquí ni las Lavalliere ni las Maintenon del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes en la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus genios. Aquella dejó establecida una institucion que creyó necesaria para la unidad religiosa: este halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba á la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Así va marchando la sociedad humana hácia su perfeccion.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, porque en medio de la revolucion de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada á las necesidades y adelantos de la moderna civilizacion. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de Estado como en no haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo avezado de largos siglos al despotismo y á la Inquisicion, hubiera ido perdiendo el amor á la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas á quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de *sui eos non cognoverunt*? No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolucion francesa, y que la religion y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavia, tildaran y acusaran á los consejeros de Carlos de enciclopedistas y afectos á la filosofía francesa del siglo XVIII que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y á fe que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugía ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crisis, que el clero y la Inquisicion no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentara el espíritu de reforma; hizo mas, intentó reprimirla.

No sabemos, sin embargo, cómo se hubiera desenvuelto Carlos III de los compromisos en que habria tenido que verse si le hubiera alcanzado la explosion que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fué para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en vísperas de aquel grande incendio.

Sucedíóle su hijo Carlos IV á fines de 1788.

XVI

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV al trono español, estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda Europa é hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las trasformaciones sociales. Y así fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigía á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecia que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba ¡*atrás!* y la Francia, armada tambien, contestaba ¡*adelante!* Las ideas, sin embargo, avanzaban mas dentro de la Francia que los ejércitos

fuera. Estados generales, asamblea constituyente, asamblea legislativa, convencion, república, directorio, consulado, imperio..... monarquía, democracia, despotismo militar..... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heroico. Cuando Napoleon establecia repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galvánico no ha cesado. Pasan otros quince años y las ideas que habian retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpetuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las trasformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditaran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederian espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frio razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otros fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos mónstruos. La leccion fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles mas. ¿Han aprendido los hombres de ahora mas que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos. La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nacion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del Estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecian: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razon humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los mas extremados reformadores se han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al jefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleon: ahora otro Napoleon, deudo de aquel, y como él jefe de la Francia, envió las legiones republicanas á poner en su silla á otro pontífice, Pio tambien como el abofeteado de Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le habia impuesto una expiacion, y al cual ella obedecia de mal humor sin saberlo. Tambien Alarico iba de mala gana á Roma y obedecia á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; la Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entre tanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Solo sabemos que es así, porque nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre; aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavia de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase despues tiempo y ocasion de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolucion de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario. Porque los hombres de la revolucion, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposicion de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no habia ni concesiones que los contentaran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posicion excepcional. Era Carlos IV pariente de Luis XVI, vivía el Pacto de familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazon ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Carlos III habia dejado como en herencia á su hijo, temia que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo, todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI, fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convencion.

Solo despues del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república contra el dictámen del viejo y experimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un jóven que habia opinado por la guerra. Este jóven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las mas difíciles situaciones en que pudiera verse nacion alguna, obtenia ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó Don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, porque se añadia un guarismo mas al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolon, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco despues habia de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basilea, que nos costó la cesion de la parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesion de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué pasajero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales; Inglaterra enemiga, destruía la marina española,